

La redenciÃ³n por el estudio. Erasmo Quintana

sÃ¡bado, 25 de agosto de 2007

Modificado el miércoles, 31 de diciembre de 2008

La redenciÃ³n por el estudio

Relato corto

Por Erasmo Quintana

Tiene que irse pronto a la cama porque al dÃ-a siguiente y muy de madrugada se le pone de parto una de las mejores vacas del establo. CenÃ³ como siempre en compaÃ±Ã-a de su enjuta y callada esposa y una abundante chiquillerÃ-a que cabÃ-a toda debajo de una cesta.

LA REDENCIÃ“N POR EL ESTUDIO

Relatos cortos (6)

Erasmo QuintanaTiene que irse pronto a la cama porque al dÃ-a siguiente y muy de madrugada se le pone de parto una de las mejores vacas del establo. CenÃ³ como siempre en compaÃ±Ã-a de su enjuta y callada esposa y una abundante chiquillerÃ-a que cabÃ-a toda debajo de una cesta. Como siempre, tambiÃ©n, frugal fue lo que cenaron esa noche: caldo de papas con cilantro que sobrÃ³ del mediodÃ-a, y gofio o un mendrugo de pan duro â€œa elecciÃ³n- y derechos al catre. Y asÃ-, como respondiendo a un hÃ¡bito por repeticiÃ³n sin hacer el menor ruido aquella prole famÃ©lica, encabezada por el mayor que portaba un quinquÃ©, salÃ-a uno tras otro en nÃºmero de ocho de la mugrienta cocina, si es que se le podÃ-a dar ese nombre.Ignacio el de Tomasita es desde no se sabe cuÃ¡ndo el encargado o mayordomo de la finca de plataneras que don Anselmo Avellaneda posee en una de las zonas mÃ¡s fÃ©rtiles y llanas junto a la costa orientada al poniente; y es fama la cantidad de racimos y su envergadura que vende a la Cooperativa, siendo este extremo motivo de orgullo de su dueÃ±o y la consiguiente envidia de todos. Este es el escenario donde se desarrolla la vida austera y aburridamente cotidiana de nuestro encargado y su familia, donde el mucho trabajo, interminable trabajo se dirÃ-a, es el pan nuestro de cada dÃ-a. AllÃ- todas las manos son pocas, pues una plantaciÃ³n tan importante y los animales que tiene tambiÃ©n que atender dentro de la finca, hacen de la faena diaria un agobio permanente para Ã©l y su compaÃ±era. Con los hijos no contaba, ya que algo sÃ- tiene claro: que a poder que Ã©l pudiera sus hijos estudiarÃ-an todos, para que no sufrieran las privaciones y penalidades por las que sus progenitores estaban pasando; tan seguro estaba de que el estudio los redimirÃ-a de aquella precaria situaciÃ³n, haciendo de ellos hombres y mujeres de provecho, honrados y de bien. Es por esto que no los dejaba nunca sin ir a la escuela.Un buen dÃ-a el mayor de ellos, Juan JosÃ©, que terminaba el bachillerato, le trajo un recado de su tutor donde lo citaba para hablarle sobre algo respecto a su hijo. Preocupado por la cita esa noche no durmiÃ³, y al despuntar aquel dÃ-a seÃ±alado, dejando la mitad de las cosas sin hacer acudiÃ³ a la cita tal como estaba: alpargatas, camisa y pantalÃ³n manchados de platanera y, gorra en mano pidiÃ³ permiso para entrar. DespuÃ©s de los saludos y en tono solemne, como creyÃ©ndose que cumplÃ-a un deber sagrado el tutor fue directo al grano:- â€œSr. Ignacio: lo he mandado llamar porque creo una obligaciÃ³n poner en su conocimiento que su hijo Juan JosÃ© es uno de mis alumnos mÃ¡s aventajados y con mayores posibilidades de todos los que tengo en clase. Brilla con luz propia en todo: es aplicado, inteligente y muy trabajador. Estas son sus notas, sobresalientes y matrÃ-culas de honor; por ello me creo en el deber de decirle que serÃ-a imperdonable que este hijo suyo no hiciera una buena carrera universitaria. Yo he cumplido con decÃ-rselo. Ahora vaya con Dios y cumpla usted, que es su padreâ€•. Con un â€œgraciasâ€• adiÃ³sâ€• imprecisos y casi imperceptibles abandonÃ³ el despacho Ignacio el de Tomasita, mascullando para sus adentros â€œÂ¡QuÃ© puedo hacer, pobre de mÃ-, con el sueldo de miseria que ganolâ€• Imposible que su hijo continuara estudiando, y menos en la Universidad. No obstante, pensÃ³, hablarÃ-a con don Anselmo por si algo se pudiera solucionar. DespuÃ©s de consultarla con su esposa, aprovechando que giraba la visita semanal rutinaria a la finca, y despuÃ©s de darle puntualmente las novedades de las reses, segÃ³n el Veterinario, le empeÃ³ contando su problema.

- â€œDon Anselmo, usted estÃ¡ contento conmigo y son muchos los aÃ±os que estoy a su servicio; de mÃ¡s estÃ¡ decirle que mi situaciÃ³n no es muy boyante, pues nos hemos ido cargando de hijos, y aunque me permite que algo de los alimentos los coja de la finca, no es suficiente. DÃ-as pasados el profesor del mayor de ellos me dijo que es muy bueno con los libros y que debÃ-a darle estudios superiores en la Universidad. Lo decÃ-a por si usted me puede echar una manoâ€•. Don Anselmo, que habÃ-a cogido una tosca y corta butaca de alpendre para refrescar y escucharlo, saltando de la misma como un resorte, voz en grito contestÃ³:

- â€œÂ¡QuÃ© dices, Ignacio, tÃº te has vuelto loco! Â¿CÃ³mo se te ocurre mandar al mayor de tus hijos a la Universidad? Â¿QuiÃ©n limpia entonces, cuando tÃº no puedes, la florilla? Â¿QuiÃ©n arregla los camellones, quiÃ©n riega, quiÃ©n deshija -dÃ-melo tÃº-, y quiÃ©n atiende los animales? AdemÃ¡s la Universidad, por si no lo sabes, es una fÃ¡brica de nihilistas, Â¡cratas y comunistas. Â¿CÃ³mo se te ha ocurrido pensar en semejante disparate?â€• A lo que el temeroso Ignacio contestÃ³ como pudo:- Don Anselmo, tranquilÃ-cese, no se preocupe, que le puede dar algo; retiro lo dicho y haga como si nada ha salido de esta boca. Cambiando por completo el mayordomo la conversaciÃ³n, dieron por zanjado el tema. Esta primera y descomunal adversidad, en nuestro preocupado mayordomo no mermÃ³ un Ã;jdice el deseo inquebrantable de dar estudios al prometedor Juan JosÃ©, estimulÃ¡ndolo mÃ¡s si cabe. Tanto empeÃ±o puso en ello que al final encontrÃ³ la amistad que lo puso en contacto con un probo comerciante hindÃº, quien le dio toda clase de

facilidades pecuniarias con la sola condiciÃ³n de presentarle resultados con las mejores notas y reembolsarle parte de los gastos cuando estuviera ejerciendo la carrera. Andando el tiempo, Juan JosÃ©, que habÃ-a escogido Medicina, pronto se convirtiÃ³ en un reputado especialista en CardiologÃ-a, jefatura que en la actualidad desempeÃ±a en el principal hospital de la provincia. Una tarde el doctor Juan JosÃ©, como era costumbre, yendo camino de su despacho privado creyÃ³ reconocer a don Anselmo Avellaneda en una persona mayor que se tambaleaba a punto de caerse de la acera, encorvado y las manos apretando el bajo vientre y con seÃ±ales de estar sufriendo un fortÃ-simo y extraÃ±o dolor. CorriÃ³ cuanto pudo a socorrer al anciano y nada mÃ¡s observarlo, sospechando que se podÃ-a tratar de un aneurisma, con la ayuda de algunos viandantes lo subiÃ³ a un coche que pasaba en esos momentos y lo llevÃ³ directamente al hospital. Desde la primera auscultaciÃ³n clÃ-nica se confirmÃ³ el diagnÃ³stico y lo ingresÃ³ urgentemente en quirÃ³fano. Hubo suerte tras la operaciÃ³n, pues la aorta quedÃ³ perfectamente corregida, y el Ã©xito, fundamentalmente fue debido a que se acudiÃ³ a tiempo. Una vez que se le subiÃ³ a planta, el mÃ©dico que lo habÃ-a salvado de una muerte segura quiso conocer la evoluciÃ³n postoperatoria. A un enfermo ya plenamente consciente y lÃºcido y en camino de su plena recuperaciÃ³n, se quiso dar por conocido, diciÃ©ndole que su padre era el encargado de la finca de su propiedad, Ignacio el de Tomasita. -Â¿Usted, doctor, es hijo de Ignacio? InquirÃ³ visiblemente incrÃ©dulo. -SÃ-, soy su hijo mayor. ContestÃ³ el galeno creyendo con ello de algÃ³n modo agradarlo. -Â¡QuÃ© hombre bruto â€œobtuvo como Ã³nica respuesta- y cabezota es su padre, ese encargado que tengo en la finca! El muy cretino se empeÃ±Ã³ en dar estudios a todos sus hijos, Â¡incluso superiores a uno de ellos!, y ahora anda como un desgraciado, solos Ã©l y su pobre mujer, sin que nadie les eche una mano en los quehaceres de la finca. El muy estÃ³pido va a morir como un perro, convertido en el mÃ¡s infeliz de todos los mayordomos. Se lo tiene merecido, por ignorante.Erasmo Quintana Ruiz